

El niño de ojos tristes y su entrenador

Manel Delgado Cañada, *Entrenador de Fútbol*

En 1978, Olesa de Montserrat era un pueblo gris, con numerosas calles sin asfaltar. La industria textil, la fuente de recursos del pueblo, languidecía y eran frecuentes los cierres. En la calle, en una de las rieras que atravesaban el casco urbano y que recorrían las laderas del Puigventós hacia la rivera del Llobregat, un grupo de niños perseguían un balón. Niños que se pasaban el día en las calles, en múltiples ocupaciones; robar melocotones y cerezas en verano o a perseguir gatos y pescar ranas, en otoño. Para el invierno se reservaban asaltar casas en construcción y hacer pequeñas fogatas dentro, al calor de historias sobre chicas. El fútbol era para toda época, para todo momento. Sólo hacía falta un balón, una pared para mitigar la soledad y cuatro piedras para organizar un partido con dos porterías, a nada que eran unos pocos jugadores, en la Sorrafina, en la Riera, en cualquier lugar. Uno de los niños, un muchacho larguirucho de ojos tristes y orejas salidas, llamó la atención de Cuadrado, un entrenador de fútbol. El tiempo ha borrado su nombre, sólo queda su apellido; Cuadrado, Señor Cuadrado, el hombre que cambió para siempre el destino de aquel chaval. Era el entrenador del equipo infantil del Club de Fútbol Olesa, uno de los dos equipos del pueblo. El otro era el Atlético Olesana, -curiosa mezcla de géneros en el nombre-, formado por los escindidos del primero y que también tenían un equipo infantil. El niño de largas piernas tenía una historia tras de sí, no por dura menos frecuente en esos años. Era el mayor de tres hermanos, de los que ejercía cómo padre. Hijo de emigrantes andaluces analfabetos y temerosos de todo, pobre de toda pobreza, usaba la ropa que, remendada por las hábiles manos de su madre, habían conseguido en las monjas Paulas. Con el escaso salario que llegaba a su casa, después de haber pasado por el *Café del Centro*, *los Salistes* o el *Bar Font*, a veces los tres en una misma tarde de paga, no daba más que para pagar el alquiler y comer. Y para discutir. Para gritos, portazos y algún que otro golpe sordo, seguido de chillidos de su madre, que punzaban el alma de aquel muchacho. Como respuesta, una rápida carrera hasta el patio, donde resguardaba a sus hermanos de la batalla de alcoba y, dando instrucciones estrictas de que no se movieran de allí, cogía una pelota al azar y a la calle, a buscar una pared o una calle muy empinada, la calle San Antonio o la calle Sastre, que le sirvieran de compañero de juego y le devolviera el balón a cada puntapié suyo. Se pasaba así horas. Más allá de los compañeros del colegio, en los que aquel niño callado y despierto, estudiaba con aprovechamiento y buenas notas, sus amigos eran todos mayores que él, al margen de los de la calle. De origen inmigrante como él, más avezados en bares y billares, también tenían más experiencia en todo lo prohibido. Fumaban con regularidad; *Sombra*, *Rex*, *Ducados*. Un *Lola* era algo fuera de lo común y muy apreciado por su sabor dulzón. Un *Whinston* era un raro lujo. Aquel grupo de chicos, zanganeaban, hacían novillos (*campana*, decían ellos) y alguno ya había conocido el néctar del amor, en brazos de alguna chica. Escuchaban *Made in Japan* de *Deep Purple* en cintas grabadas y remendadas cien veces con celo y liaban "canutos" con maestría. Aquel grupo de chicos ejercía una irresistible atracción para nuestro muchacho de ojos tristes y mirada curiosa. Tenían todo lo que él podía desear; dinero en el bolsillo del pantalón, tabaco en el bolsillo de la camisa, alguno tenía moto y todos, cómo él mismo, una realidad de la que huir. El Sr. Cuadrado se acercó a nuestro protagonista y cruzó con él un par de frases: ¿cómo te llamas?, ¿quieres jugar con el Olesa?. Fue todo. Fue tanto. Resultó difícil convencer a su madre; su padre no estaba nunca y, de estar, no querría saber nada. Resultó complicado encontrar unas botas. Su primo Manuel, que vivía al otro lado de la calle, que tenía bici, y coche su padre y muchas cosas más, también tenía botas y, aunque un par de números más grandes de lo que hubiese sido ideal, le iban a sacar del apuro. Al campo, a Les Planes.

Las pocas veces que había ido al campo aquel niño, con mirada triste y carácter callado, había comprobado que era un campo enorme, pero desde dentro resultaba más grande aun. Primer entreno, propuesta para quedarse en el equipo. Primer partido, de lateral contra el Atlético Olesana. Marca a Juanito, el jugador más veloz del contrario. El Olesa gana por 5 a 0. Alegría, abrazos. Más entrenos, más partidos. Una bolsa para las botas conseguidas aquí, un pantalón corto conseguido allá, cualquier camiseta era válida para entrenar y atravesar el pueblo para llegar hasta el campo era una ocupación que duraba una eternidad por que, por el camino, había que llevar a casa a su hermana tras recogerla de las monjas y a su hermano, tras recogerlo en el colegio, resolver algún contratiempo con los responsables del colegio, ajustar cuentas con los abusones de su hermano o con las monjitas, que se ocupaban de la educación de su hermana. Esa era una vida nueva, ocupada en partidos y entrenos. Ocupada en interminables conversaciones sobre fútbol, sobre ídolos en pantalón corto. Sus nuevos amigos, sus amigos que ya lo serán para siempre, se quedaron en su paisaje vital y no lo abandonarán hasta la madurez, cuando se casó y se marchó de aquel pueblo gris, que también lo era a finales de los ochenta. Los otros amigos, los de los billares y los porros, siguieron su camino con paso firme hacia el abismo; de los porros a las pastillas, de éstas al LSD, del LSD al caballo. Y después del caballo a la Prisión de Jóvenes de la Trinidad, para ser violados y contagiados con el SIDA. Uno muerto, todos marcados de por vida. El Sr. Cuadrado, un hombre de barriga prominente, de carácter fuerte, de un amor infinito por el fútbol, le había cambiado la vida, sin saberlo, para siempre.

Está claro que ese niño era yo, que **ese niño, soy yo**.

Quizás también sea el Sr. Cuadrado. Quizás toda mi vida en los banquillos haya servido para rendir homenaje a una persona que me sacó, sin saberlo, de la pendiente hacia una muerte prematura y me dio una vida de balones, conos, pizarras, estudios. Una vida de valores, de compañeros, de equipo, de partidos.

Una vida de trabajos como éste.

Va por Usted, Sr. Cuadrado. Siempre en mi corazón.



1980: era ya juvenil y ejercía de capi (el primero de abajo en cuclillas, con el brazalete de capitán y pelo rollo casco de alemán de la 2ª Gran Guerra).